

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XVI JORNADAS

VOLUMEN 12 (2006)

José Ahumada
Marzio Pantalone
Víctor Rodríguez
Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Historia, representación y perspectiva

*Rosa Belvedresi**

Se ha transformado en un tópico central de la discusión sobre la llamada filosofía narrativista de la historia la cuestión de si la narración histórica representa al pasado, lo que a su vez significa una doble pregunta: ¿la narración histórica refiere al pasado?, y al hacerlo, ¿propone una representación adecuada (verdadera) del pasado real?

Una narración no resulta de la mera sucesión de proposiciones, cada una de las cuales es verdadera, unidas por el conector “y”, sino que tiene una manera peculiar de organizar su contenido informativo. Esto responde a las que podríamos llamar sus características estructurales, a saber, su organización en tres momentos: comienzo o introducción, medio o desarrollo y fin o cierre narrativo. Es a su vez típico de la narración el ser construida desde un punto de vista retrospectivo, desde el final.

La problemática acerca del valor representacional de las narraciones históricas debe verse en dos aspectos: en primer lugar, el problema epistemológico más general acerca de la crisis de la concepción representacional clásica del conocimiento (punto sobre el cual no voy a ahondar aquí); y, en segundo lugar, la cuestión de si la narración representa el pasado, lo que exige clarificar qué representa y cómo lo hace (que es el tema de este trabajo). Este último punto involucra una importancia adicional ya que en general se entiende que la defensa del valor representacional de la narración histórica es la condición para poder distinguir racionalmente entre relatos históricos y relatos de ficción.

En este trabajo se intentará un enfoque que considerará varios aspectos centrales y problemáticos: 1) qué debe entenderse al afirmar que las narraciones históricas son representaciones del pasado; 2) qué supuestos epistemológicos y ontológicos subyacen a esta afirmación; y 3) en qué medida dicha representación está particularmente unida a la perspectiva o punto de vista escogidos para dar cuenta del pasado.

Debe recordarse que el problema de la relación entre narración y representación históricas concitó una particular atención cuando algunas de las tesis narrativistas de H. White o F. Ankersmit, se pusieron en relación con hechos particularmente traumáticos. Por un lado, estos hechos supondrían un límite a la representación, por tratarse de hechos cuyo horror los vuelve irrepresentables, de modo que cualquier intento de exponerlos en una forma narrativa implicaría el riesgo de “disciplinarlos” o “embellecerlos”, cuando en realidad debieran mantener su carácter “sublime”. Por otro lado, la elección de la perspectiva o punto de vista desde el cual el relato ofrece la representación del pasado resulta un tema central al momento de valorar dicha representación. Las controversias acerca de los modos en que se debe mantener viva la memoria del pasado reciente son un buen ejemplo de las discusiones acerca de cómo, y desde qué punto de vista, representar un pasado cuando éste es particularmente horrible. Lo que está finalmente jugando un papel relevante en el debate epistemológico es la necesidad de “conjurar” el peligro de diluir la diferencia entre historia y ficción, es decir, entre historia y literatura. A modo de conclusión, se mostrará en este trabajo que dicho peligro en

* Univ. Nac. de Gral. Sarmiento y de La Plata, CONICET
Epistemología e Historia de la Ciencia, Volumen 12 (2006)

realidad no es tal y que puede establecerse un vínculo entre ambas como modos alternativos y quizás complementarios de tratar con el pasado.

I

¿Qué debe entenderse al afirmar que las narraciones históricas son representaciones del pasado? De manera general, deberá querer decir algo similar a que son representaciones verdaderas, o si se quiere, adecuadas. Para ello, el requisito mínimo es que no contengan información falsa o falaz (es decir, datos falsos o erróneamente interpretados); así, las oraciones declarativas que componen la narración debieran ser verdaderas (aunque podría quizás haber una cantidad de proposiciones falsas que, sin embargo, no obligarían a abandonar la narración como falsa en su totalidad¹). “una narrativa histórica (relato) puede mantenerse verdadera incluso cuando algunas de las proposiciones que la componen son falsas”². O también: en la representación histórica “la verdad de las declaraciones acerca del pasado se da más o menos por descontada; lo que cuenta es que se propuso un conjunto específico de declaraciones, y no otro”³. Un segundo requisito, será que esa suma de proposiciones en conjunto ofrezca una “imagen” razonable, o verosímil, o fundada, del pasado. (Utilizo la expresión “imagen” de manera metafórica, sin querer comprometerme con el carácter visual que el término involucra). Lo que quiero decir es que, al leer la narración, el lector es quien “se representa” lo que pudo haber ocurrido, con esto quiero significar el carácter activo que le corresponde al lector, en cuanto debe completar con el acto de lectura la propuesta que el narrador le formula. Hay, entonces, un lugar importante reservado a la imaginación que se pone en juego frente a una obra escrita. Por ej., Topolsky señala que hay un nivel de la narración más profundo que no está explícitamente expresado y que contiene “aquellos vínculos en la descripción o explicación que el historiador ha omitido. Al omitirlos el historiador espera que el lector recuerde afirmaciones y relatos previos [y que...] tenga ese conocimiento que es indispensable para la comprensión del texto”⁴. El éxito de esta operación depende de la capacidad de la narración para presentar un relato seguible. Tendríamos aquí bosquejadas tres características a las que debería ajustarse la narración histórica en cuanto representación del pasado: está compuesta de proposiciones verdaderas, propone una versión o imagen verosímil del pasado, y, finalmente, formula un relato que es seguible para un lector informado. Resulta claro que estas condiciones pueden ser necesarias pero distan de ser suficientes para caracterizar a las narraciones históricas de manera diferencial frente a otras narraciones. Finalmente, nada de esto es nuevo ya que ha sido muy firmemente expuesto en los análisis pioneros de L. Mink al caracterizar a la narración como el resultado de la operación que permite “poner juntos” un número de elementos en un único complejo de relaciones concretas⁵.

II

¿Qué supuestos epistemológicos y ontológicos subyacen a la afirmación de que la narración histórica es una representación del pasado? La respuesta a ello debiera quedar parcialmente respondida por lo dicho anteriormente. Al menos en lo que se refiere al aspecto epistemológico. Respecto de la cuestión ontológica, una narración histórica es una buena

representación del pasado cuando, adicionalmente a las tres características mencionadas en la sección anterior, da información *sobre*, y nos permite conformarnos una imagen *de*, un pasado *efectivamente* ocurrido. Es decir, las narraciones históricas son representaciones que tienen algún valor referencial. Digo “algún” porque creo que es un hallazgo del narrativismo, y debe ser justamente reconocido, el que muchos de los sucesos o acontecimientos de los que las narraciones históricas hablan resultan, en una medida importante, de la organización que ofrece la propia narración. Disiento en suponer que esto sería una imposición que, de algún modo, subvertiría la estructura pre-narrativa que el pasado tendría (o la ausencia de ella). Considero que aquí comienza a jugar como carta fundamental el compromiso ontológico que involucra una narración histórica, compromiso que no existe como tal para la narración literaria. Así, el propio Ankersmit admite: “la representación en la ficción no nos compromete a la existencia de lo que representa, ni siquiera a la posibilidad de su existencia”⁶. Es decir, la narración histórica se propone para dar cuenta de un pasado que *efectivamente* ocurrió. Claro que definir qué fue lo que ocurrió resulta tal vez el punto crítico de toda investigación histórica, no sólo porque se trata de establecer con fidelidad la existencia de un hecho, sino porque la tarea de conceptualizarlo ya involucra un aspecto constructivo difícilmente desdéniable. Además, los denominados “hechos históricos” aceptados consisten en su gran mayoría en construcciones teóricas, no tanto porque resulten un invento de la historiografía, sino porque al hablar de ellos hemos incorporado tantas categorías de análisis que han “cristalizado”, de modo tal que damos por supuesto que “Revolución de mayo” denota un fenómeno definido cuya caracterización no habría cambiado a lo largo del tiempo, pero debe señalarse que “los historiadores nunca se aproximan al pasado sin la mediación de muchos encuentros previos con reconstrucciones históricas, y que mucho del esfuerzo de la práctica histórica es situar la nueva obra en la tradición de discurso que ha habido antes”⁷.

Lo que estoy señalando aquí tiene vinculaciones obvias con la teoría de Ankersmit de las “sustancias narrativas”, conceptos que “no se refieren a la realidad histórica en sí, sino a interpretaciones narrativas del pasado”⁸. De esta manera, según Ankersmit las narraciones históricas no hablan *sobre* el pasado, sino sobre estas sustancias narrativas. A este respecto conviene señalar una cuestión que se está pasando por alto. Estas denominadas sustancias narrativas, o conceptos coligatorios, que constituyen con frecuencia el *tema* de una narración no resultan sólo de la mesa de trabajo del historiador que, a manera de un artista de collage, pone juntos una cantidad de recortes a los que luego les pone nombres como: “Renacimiento”, “Revolución de Mayo”, “Modernidad”, etc. Las primeras caracterizaciones de un fenómeno histórico provienen muchas veces de sus mismos contemporáneos, y otras veces forman parte de una tradición intelectual heredada que se acepta casi sin cuestionamientos, conformando de este modo un elemento insoslayable para el análisis historiográfico posterior, en el cual esas primeras caracterizaciones pueden cambiar drásticamente, aún cuando se mantenga la denominación original para el fenómeno en cuestión.

De modo tal que afirmar que la narración histórica *representa* involucra también, además de lo ya señalado anteriormente, que le permite al lector formularse una “imagen” relativamente precisa de lo que pudo haber *efectivamente* ocurrido, para lo cual las proposiciones que la narración contiene deben estar o bien debidamente fundadas en la

evidencia disponible, o bien debe explicitarse que son presunciones, dada la ausencia o incompletitud de la evidencia. En la medida en que la representación que la narración provee es a su vez una *interpretación* no tiene sentido suponer que exhibe el pasado “*tal como efectivamente ocurrió*”, ya que es altamente probable que en la narración el historiador, incluso en el nivel de la más pura descripción, utilice categorías no disponibles para los contemporáneos o testigos directos. La expresión que hizo famosa Ranke deberá entenderse del siguiente modo: la narración representa lo que *efectivamente* ocurrió al interpretar la evidencia por medio de la formulación de un relato seguible de lo que *pudo* haber ocurrido. No estoy muy convencida de que esto quiera decir que la representación histórica finalmente sea un “sustituto” del pasado real (lo que creo que me obligaría a aceptar la autonomía radical de la narración respecto de aquello que representa), sí me gusta otra caracterización que da Ankersmit, siguiendo nuevamente a Danto, en cuanto a que la representación nos “distancia” de la realidad, y, al hacerlo, nos permite tomarla como objeto. En este caso la realidad que se nos enfrenta como objeto en una representación es la realidad histórica, el pasado real. Según Danto: “la representación artística se enlaza por lógica con el acto de distanciar la realidad”, agrega Ankersmit: “en tanto no se representa la realidad, permanecemos como parte de ella y no podemos darle contenido alguno a la noción de realidad [...] sólo hay realidad en la medida en que nos oponemos a ella”⁹. Aplicando esto al caso de la representación del pasado, diríamos que la narración histórica nos permite tomar al pasado como objeto al ponérselo enfrente, sin narración y representación históricas no podríamos siquiera hablar del pasado como lo hacemos normalmente.

III

Ahora bien, considero que todo lo anterior debe ser completado con la evaluación cuidadosa de una cuestión que, a mi modo de ver, no ha tenido todavía la consideración necesaria, situación sorprendente si se tiene en cuenta el impacto que involucra respecto del tema que nos interesa. Me refiero al punto de vista *desde* el cual se decide contar el relato y a partir del cual resulta una narración que propone una cierta perspectiva para considerar el pasado. Es obvio que esto no significa simplemente que la perspectiva de la narración sea la retrospectiva, punto ya admitido en la definición misma de una narración (y que la distingue de los anales y las crónicas). La perspectiva se impone generalmente en relación a la dimensión temporal que involucra la narración, esto es, la mirada retrospectiva que ubica un acontecimiento o un conjunto de ellos en un marco temporal mayor, y, al hacerlo, permite resignificarlos, en cuanto dichos acontecimientos pueden resultar portadores de un significado que no estaba disponible para los contemporáneos o para aquellos que, no siendo contemporáneos, han escrito sobre ellos antes que nosotros.

La perspectiva que me interesa analizar no se refiere a la señalada retrospectiva, sino a cuál es el punto de vista propuesto por la narrativa. Podría decirse que esto es lo que dice Ankersmit, lo que es sólo parcialmente cierto. Según Ankersmit: la narración “no está escrita *desde* un cierto ‘punto de vista’ sobre, o una interpretación del pasado, aunque alguna interpretación tal o ‘punto de vista’ es *propuesto* en ella. El conocimiento histórico ‘general’ que una narratio ofrece de (parte del) pasado es esencialmente una definición de un específico

'punto de vista' desde el cual se nos invita a ver el pasado"¹⁰. Lo que me parece es que esta propuesta de una perspectiva o punto de vista no resulta primariamente de un interés cognitivo de poder ofrecer "la mejor perspectiva" sino del juego más sutil que recorta el o los sujetos que vendrían a officiar de "narradores" para el lector, o bien de sus interlocutores "aceptables". Es claro que este no es punto que vaya a saldarse en términos puramente epistemológicos, ya que lo que está en juego es otra cosa. La discusión puede parecer que gira alrededor de la verdad, o de la calidad de una narración, pero en realidad, es una discusión respecto de a quién se legitima al darle la voz narrativa. Es cierto que el estilo de la historiografía moderna "hace aparecer a los acontecimientos como hablando por sí mismos", como H. White ha señalado correctamente, pero al hacerlo en verdad está rescatando algunas miradas por sobre otras. Así, los acontecimientos resultarán narrados desde la perspectiva *de* los dominadores (por ejemplo, desde el punto de vista europeo en detrimento del punto de vista de las culturas precolombinas), *de* los triunfadores (como en el caso de la historiografía consagrada acerca de la 2^o Guerra Mundial), o *de* las víctimas (como es el caso de los sobrevivientes de los campos de concentración nazis¹¹).

La elección de esta perspectiva conlleva un componente de compromiso político ineludible. Considero que dicha elección puede justificarse, ya que no comparto la idea de que las consideraciones morales, normativas o políticas deban reducirse a simples preferencias estéticas; pero para ello, dicho compromiso debe hacerse explícito. De otro modo se oculta un elemento que resulta esencial en la aceptación que pueda tener una narración propuesta. Por supuesto que dicho punto de vista no es último ni está a salvo de crítica, pero casi siempre resulta del condicionamiento político que el presente impone en el trato con el pasado. Hablo aquí explícitamente del *condicionamiento* político que el presente *impone* en el *trato* con el pasado, y no de la imposición al pasado sin más, porque entiendo que el presente define la agenda de preguntas con la que nos dirigimos al pasado, y la amplitud o estrechez de esa agenda nos abre a un panorama más o menos rico de lo que ocurrió en el pasado. Así, en el caso del pasado argentino reciente se ha comenzado a narrar ya no sólo desde la perspectiva de la víctima o el sobreviviente, sino también se han hecho explícitas sus historias previas: la militancia política, la elección de la lucha armada, etc., etc. Para que ello sea posible debió darse un cambio en la sociedad en la consideración política de esas víctimas, cambio que luego hizo posible la aparición de esta nueva perspectiva desde la cual contar el pasado y que amplía nuestra comprensión de lo que pudo haber ocurrido.

IV

Finalmente, y a modo de cierre, me gustaría señalar muy rápidamente por qué me parece que el enfoque aquí defendido constituye una orientación valiosa para re-considerar las relaciones entre historia y literatura. Las críticas más politizadas (y menos académicas) a las narraciones históricas establecidas señalan el que habrían sido escritas desde la perspectiva de "los que ganaron" y que, de este modo, propondrían una historia "oficial" que funciona como legitimadora de lo existente. Frente a esto, muchos escritores han elegido el camino de abordar el pasado a partir de la ficción, es decir, tomando algún hecho efectivamente ocurrido para luego relatar una novela que no se ajusta a ninguna evidencia disponible¹². Utilizan al pasado

para, en verdad, hablar del presente, con una estrategia creadora más explícita que aquella a la que puede apelar el historiador. Al escritor le está permitido jugar con alternativas que no están disponibles para el historiador cuya investigación debe estar atada a lo que la evidencia le permite decir, y, a lo sumo, hacer presunciones respecto de lo que pudo ocurrir de modo de "llenar" cierto hueco en la evidencia, pero dejando en claro la licencia "literaria" que se está tomando en este sentido.

¿En qué medida lo dicho hasta aquí supera el supuesto peligro de diluir la diferencia entre historia y literatura? ¿Por qué hablo de un peligro "supuesto"? En primer lugar porque, como se ha dicho, la historia y la literatura establecen compromisos diferenciales con el lector, en la medida en que la primera le ofrece una interpretación razonable de la evidencia disponible, compromiso que la literatura explícitamente suspende. Dificilmente, entonces, el lector de historia resulte confundido al leer una narración literaria que tiene por objeto un suceso o personaje del pasado (o a la inversa). En la medida en que ambas suponen criterios distintos, es posible pensar que pueden potenciarse recíprocamente en cuanto nos posibilitan un trato variado y enriquecedor con un pasado que nos interesa comprender; sin correr el riesgo de que se fundan en una unidad indistinguible. No es que "aprendamos historia al leer literatura", y si lo hacemos es sólo una función secundaria de una novela que tiene por tema al pasado. Se trata más bien del carácter inacabado de la interpretación del pasado, que no resulta de la condición de fragmentaria que podría tener la evidencia, sino de las sucesivas resignificaciones por las que el pasado va atravesando conforme el paso del tiempo y el modo en que la agenda del presente cambia nuestra relación con él. Frente a ello, la diversidad de instrumentos para tratar con el pasado puede contribuir a mejorar nuestra comprensión de él. Es cierto que la multiplicidad de medios para dar cuenta del pasado podría generar el efecto contrario, al producir un exceso de información (verdadera o falsa) que más bien oscurecería nuestra comprensión. Pero incluso cuando la proliferación de interpretaciones hace casi imposible para la historia profesional formular una propuesta que sea admisible para el lector, la literatura se ofrece como una alternativa fructífera en cuanto nos acerca a aquello que, debido quizás a la densidad de las categorías involucradas en el debate académico, debido tal vez a la dificultad de los historiadores profesionales para hablar sobre el pasado reciente, se mantiene esquivo para la investigación histórica académica. La literatura viene así a contarnos una historia de lo que *pudo* haber ocurrido, que, sin estar sujeta a los requisitos de objetividad y verdad que obligan a la historiografía, puede interrogarnos sobre nuestro presente y sobre nosotros mismos, de un modo tan explícito como no puede hacerlo un historiador. Viene así a ofrecernos, también, una "representación" del pasado (pero que ya no debe ajustarse a los criterios de las representaciones históricas), del mismo modo que los parlamentos que profieren los personajes de una obra de teatro pueden mostrarnos cómo reaccionan las personas reales en circunstancias parecidas.

Notas

¹ Por lo que habría una *cantidad* de error tolerable, que no afectaría a la *calidad* de la narración.

² Topolsky, J: ("Conditions of truth of historical narratives", *History and Theory*, XX, 1, 1981), p. 51

³ Ankersmit, F. "Representación histórica", (en: Historia y topología. Ascenso y caída de la metáfora, México, FCE, 2004), p. 225

⁴ Topolsky, ob. cit., p. 57

⁵ La operación referida es definida como "comprensión configuracional" (configurational comprehension), véase su clásico: "Narrative Form as a Cognitive Instrument" de 1978 (en: Historical Understanding, Fay, B., Golob, W. y Vann, R.: (eds.), Ithaca, Cornell Univ. Press, 1987). Mink también ha señalado la incompatibilidad insuperable entre narrativa y representación, en líneas similares a las que luego continuará Ankersmit. No ahondó en esta última cuestión ya que no me resulta interesante para la línea de argumentación aquí seguida.

⁶ ob. cit., p. 203. Cfr. Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language. (The Hague, Martinus Nijhoff Publishers, 1983), p. 199

⁷ Zammito, J. "Ankersmit and historical representation", (History and Theory, 44, II, 2005), p. 163.

⁸ Ankersmit, F. "El uso del lenguaje en la escritura de la historia", p. 166 (en Historia y topología, ob. cit.).

⁹ Ankersmit, "Representación histórica", p. 222. Estoy tomando algunos elementos de la propuesta de Ankersmit que son útiles a mi argumento, y dejo de lado algunas tesis más provocativas que no me interesa discutir aquí.

¹⁰ Narrative Logic, pp. 25-6

¹¹ La perspectiva de las víctimas no es homogénea y no resulta valorada del mismo modo según sean los regímenes o gobiernos involucrados y las circunstancias políticas, para un análisis del valor diferencial que tendría el testimonio de un sobreviviente de un campo de concentración nazi frente al de un sobreviviente de un campo de concentración soviético, véase Todorov, T.: Los abusos de la memoria, (Buenos Aires, Paidós/Asterisco, 2000).

¹² En el sentido de que la novela se extiende más allá de lo que la evidencia autoriza a decir, pero, y esto es importante remarcarlo porque hace a la verosimilitud de una narración semejante, no *contradice* la evidencia disponible.